

MIRET MAGDALENA

LA FUERZA DE LA NO-VIOLENCIA

Martín Lutero King —ese hombre negro mezcla de místico y activista— acaba de morir. Ha sido víctima —como él intuía, pero no temía— de la debilidad humana. De esa debilidad que muestra siempre la fuerza bruta.

En un país que muchos admiran como el resorte de la civilización cristiana, y que está en plena crisis de valores evangélicos, a pesar de su aparente religiosidad. País que es todavía el casi único heredero del hipócrita puritanismo: por fuera, todo palabras elevadas —religión, democracia, libertad—, y por dentro, violencia, agresividad y opresión.

De 1929 a 1963, los miembros inscritos en las iglesias aumentaron el 100 por ciento en Norteamérica; mientras la población había experimentado un incremento de sólo el 30 por ciento. Y algunos concluyeron que el cristianismo estaba floreciendo allí como jamás se vio en nuestro siglo.

Pero King —con perspicacia— había afirmado: «No hay que exagerar la importancia de este aumento numérico, porque no podemos caer en la tentación de confundir energía del espíritu con importancia cuantitativa».

El gigantismo norteamericano es el que ha llevado a la masa del país —porque habría que preguntarse si USA es un pueblo— a valorar todo lo grande, y numérico, y a despreciar lo que no lo es. La gran verdad es que «un acrecentamiento en cantidad no da automáticamente un aumento de calidad. Este aumento de poder material, en estado bruto, más bien es una corrupción. El auge del dinero, de la propaganda, de la libre competencia, y de los *best-sellers*, nunca proporciona por sí solo una elevación de la dinámica humana. Todo este poder de avasallamiento publicitario, de opresión psicológica, de tensión agresiva, corrompe. El agudo pensador inglés Lord Acton —el discutido católico del siglo XIX— afirmó: «El poder tiende a la corrupción, y el poder absoluto conduce a la corrupción absoluta».

Tenemos un ejemplo bien expresivo: el asesinato de Martín Lutero King.

Pero nadie se fija bastante en su causa profunda: la agresividad creada por las estructuras económico-sociales de Occidente. El capitalismo liberal —con las correcciones que sean— conduce a algo inevitable: la lucha despiadada de jungla entre los hombres. En ella, para cada uno, los demás son unos intrusos. El móvil de estas sociedades es la agresividad; sin ella, el capitalismo no existiría.

Aunque a esta agresividad se la disfraza con las bonitas pero engañosas palabras de «interés privado» y de «libre competencia», siempre será verdad que en América han conducido a un engaño, entre otros muchos: que el 1 por mil de la población controla el 40 por ciento de la riqueza. «América: ¡cuántas veces les has arrebatado lo necesario a las masas, y dado hasta lo superfluo a los privilegiados!» (M. L. King).

Si educamos para el capitalismo, el resultado es que esos móviles serán los únicos preferentes en la formación de la niñez y de la juventud, y flotarán en toda la vida corriente de los adultos.

Si educamos —en cambio— en humano y cristiano, la estructura de la sociedad deberá ser distinta —radicalmente distinta—, puesto que sus móviles serán la cooperación, la utilidad social, el desarrollo humano y la liberación de la opresión.

Nos hemos de preguntar con seriedad, por tanto, si de lo que se trata es de establecer una sociedad compuesta de una suma de egoísmos o pretendemos una convivencia humana en la que todos aporten algo positivo al acervo común.

Si es esto último lo que queremos, nos sentimos cercanos a todo impulso social, a cualquier lucha honrada por una justicia para todos y a cualquier intento de organizar la sociedad sobre estos valores.

Y entonces estaremos con Pablo VI cuando proclamó el 7 de diciembre de 1965 «el culto del hombre»; o cuando, hace un año, publicó en la *Populorum Progressio* su llamamiento a «la promoción de un humanismo pleno», en el cual «el hombre no se realiza a sí mismo si no es superándose».

Reconozcamos entonces que no hay más que un humanismo —para creyentes y no-creyentes—: el que no se encierra en el individuo, sino el que se abre sin fronteras ni límites, el que nunca es exclusivo. Y ese humanismo, cualquier hombre o pueblo de buena voluntad —sin distinción de marchamos— puede y debe tenerlo como meta de su vida.

Martín Lutero King, el pastor bautista de color negro, era por eso un no-conformista. No aceptaba la sociedad que le rodeaba, porque no veía que diera ese culto a la humanidad como centro preferente de sus anhelos. Y puso en su frente esta divisa del pensador americano Emerson: «Quien quiera ser hombre debe ser un no-conformista».

El conformismo —por el contrario— es la base en que se fundamentan todas las tiranías. «Los dictadores, apoyándose sobre la debilidad de espíritu, han conducido a los hombres a actos de barbarie y de terrorismo, impensables en una sociedad civilizada» (M. L. King, «La fuerza de amar»).

Se necesita un espíritu firme, en los hombres de la segunda mitad del siglo XX, para no caer en las groseras o sutiles tiranías que vivimos en nuestro mundo occidental.

* * *

Dos factores fundamentales creía M. Lutero King que eran producto de esta debilidad de espíritu: la credulidad y la violencia.

Ambos fueron hábilmente utilizados por el maestro de tiranías que fue Hitler. Su lema fue el contrario del que tuvo King. Para Hitler, el mecanismo emotivo y la deformación de la verdad eran los instrumentos para dominar al hombre. «Utilizo la emoción —confesaba en *Mein Kampf*— para la gran masa, y sólo la razón para unos pocos». Pero, a unos y a otros, el método para tenerlos sumisos era: «Las mentiras hábiles, repetidas sin descanso», y la violencia que engendra el temor.

King, en cambio, creía en la fuerza de la no-violencia, como creyó en ella también Gandhi, su maestro. «El espíritu de resistencia pasiva —confiesa— me vino de la Biblia y de Jesús; las técnicas de realización, de Gandhi».

La gran fuerza de esta técnica es que el «recurso a la resistencia pasiva no sólo pretende obtener derechos para nosotros, sino transformar a los que nos niegan estos derechos».

Con su ejemplo demostró Lutero King que «hay altruismos que son peligrosos». Y uno de ellos es «la resistencia no-violenta» que él predicaba y practicaba, porque estaba convencido que «la violencia no da más que victorias pasajeras».

Todos podemos augurar que esta inmolación ha de ser fecunda; que esta víctima de la violencia tendrá una influencia decisiva en el porvenir; que América ha de entrar —si quiere vivir— en una vía que supere la agresividad engendrada por la educación capitalista y por la estructura económica social que ella comporta.

Si hay violencias momentáneas serán violencias menores, porque no serán sino necesaria consecuencia de la violencia mucho más grave que ejercen los privilegiados de todos los órdenes y niveles.

Por eso, como Monseñor Helder Cámara, Lutero King «no creía en la eficacia de la guerra, del odio y de las armas». Como él exclamaba: «Tengo fe en los procesos democráticos y aspiro a un movimiento de opinión pública que movilice las Universidades, la prensa, los dirigentes religiosos... y los hombres políticos» («La Croix», 27-8-1966).

Su energía no-violenta le impidió caer en el conformismo; y, por eso, hizo también la más dura crítica religiosa al confesar: «Pronunciamos sermones tranquilizantes, evitamos todo lo que pueda turbar los puntos de vista respetables de los miembros confortables de nuestra sociedad... Hemos sacrificado la verdad sobre el altar de nuestro interés personal».

Si Unamuno llamaba santo a Sócrates, ¿por qué no se lo llamaríamos nosotros a Martín Lutero King?